

hijos de sus hijos! Ya crece y se encrespa la ola, ya el alud se está formando, la tormenta y la inundación avanzan. . . . . Ay, Teresa; si ahogados quedan en ellas nuestra sangre y nuestra habla ¿quiénes entonces, podrán aquí, sobre este fértil suelo, alabar al Señor Dios nuestro con toda la fervida fe de nuestra raza y el sonoro acento de la hermosa lengua que fué tuya?



## DISCURSO

pronunciado en la velada literaria que celebraron las

CONGREGACIONES DE SAN LUIS GONZAGA

el 21 de Junio de 1891.

---





**D**IFÍCIL es dirigirse con acierto á jóvenes congregantes, reunidos en gozosa fiesta para celebrar solemne y piadosamente el tercer centenario, de la dichosa muerte de su patrono San Luis Gonzaga, ese ángel humanado, que en su rápido vuelo rozó apenas la tierra con la punta de las alas, dejando en ella, sin embargo, un reguero inmortal de luces de astros y de aroma de azucenas. San Luis Gonzaga casi no fué un sér humano, sino una alma hecha de amor de serafín y como envuelta en un cuerpo formado de pétalos de lirios. Ampo blanquísimo de inocencia; purpúrea gota de sangre, sin tregua vertida en penitencia del pecado ajeno; lágrima perpetua de ternura derramada por los dolores de todos los desgraciados; llama perenne de



amor, tendiendo sin cesar á elevarse al cielo, esto fué San Luis Gonzaga sobre la tierra.

No tengo los labios ni el corazón bastante limpios para hacer su panegírico; mi indignidad sería casi una profanación.

---

En este siglo tan fecundo en todo género de asociaciones, quizás no haya otras, tan nobles por sus propósitos, tan eficaces en sus resultados y tan santas en sus medios, como las Congregaciones de jóvenes cristianos, que nacidos bajo la inspiración de la Virgen Santísima á fines del siglo XVI y en Siracusa, hoy cubren la redondez del mundo, y son como catacumbas de los tiempos modernos, de donde saldrán legiones de mártires, destinados á sufrir todas las afrentas del mundo, todas las persecuciones de los poderes de la tierra, y todos los suplicios del siglo, menos sangrientos pero no menos feroces, que los de las primeras edades del Cristianismo.

Digno modo de honrar la memoria de

San Luis Gonzaga, será meditar por unos momentos y en voz alta, sobre los inestimables bienes que de presente y para lo futuro, proporcionan estas santas congregaciones á la juventud cristiana. Por lo pronto grandes beneficios le dispensan: el de la oportunidad, el de preservación, el de liberación y el de preparación. ¡Desmenuzándolos bien, quedará en su gratitud, como anonadada el alma, ante la magnitud de tales beneficios!

---

El más grande y terrible engaño de la adolescencia, es el no creer en la muerte; está viendo el puerto de donde acaba de zarpar, y se imagina que es sin límites el mar de vida que tiene delante. Si mirara hacia atrás, contemplaría horrorizada cómo huyen rápidas, cómo se hunden y desaparecen bajo las olas del tiempo, las playas de donde partió. Cuántas barcas que al salir el sol desplegaban sus blancas velas, para cruzar gozosas el golfo azul de la vida, antes del ocaso fueron tragadas por los



negros y revueltos abismos del pavoroso mar de la muerte.

Pero la juventud aun en presencia de la tumba misma, no tiene conciencia de la brevedad de la vida humana. Cree que son muy largos los días del hombre sobre la tierra y que por tarde que la comience, siempre tendrá tiempo para rendir su faena, antes que el sol se ponga. ¡Fatal espejismo, tremendo engaño es éste! Desde que en Adam cayeron todos los hombres, de tal manera se endureció el alma humana, que para poder forjar ese hierro en bruto, se necesita comenzar á amartillarlo desde la aurora. Apenas si basta una larga vida para medio pulir ese durísimo diamante. Después de muchos años de desierto, se le erguía el alma á San Gerónimo al recuerdo de los placeres y soberbias de Roma, y á los ochenta años todavía se le encabritaba á San Alfonso María de Ligorio como si tuviese veinte.

El primer beneficio que las Congregaciones dispensan á la juventud católica, es ponerla á trabajar desde el amanecer en la grande obra de su santificación. La tarea es tan noble, tan subido el jornal que por

ella se paga, y es, sobre todo, tan bueno y ayuda tanto á cumplirla, el Amo á quien se sirve, que nunca se madrugará lo bastante para comenzarla. La oportunidad duplica el precio del beneficio recibido. Las congregaciones comienzan á labrar las tierras de la heredad del Señor, cuando todavía están vírgenes, antes que los fuegos de las concupiscencias las hayan disecado, los vientos arrasantes de la duda las hayan desolado, ó que los turbios arroyos que bajan de las colinas del mundo, las hayan convertido en cenagosas charcas y pútridos pantanos. Al acto de madrugar, para comenzar desde temprano la santificación del día, en su estilo de realce, le llamaba Fray Luis de Granada, la rueda maestra de toda la jornada. Las Congregaciones, al comenzar desde las primeras horas de la mañana de la existencia á doctrinar y santificar las almas de los niños, no sólo les proporcionan la rueda maestra de toda la jornada de la vida sino la clave de su eternidad feliz.



San Juan, con inspirada precisión, ha señalado la raíz de todo pecado y las fuentes de donde dimana: pero la manera como brota en nosotros, será siempre uno de los más recónditos y pavorosos misterios de nuestra naturaleza decaída. A veces parece que allá en el fondo de nuestra alma se agita una especie de levadura infernal, cuyos vapores mefíticos, al menor descuido de la voluntad, se condensan en pecado. En otras ocasiones, no parece brotar del fondo de nosotros mismos, sino entrarse en nosotros de fuera, como un miasma envenenado que se aspirase por todos los poros; ó venir hacia nosotros desde muy lejos, como si fuese un pájaro monstruoso salido de un antro horrible, que con su ala impura viniese á manchar nuestra frente. De todos los vehículos del mal, el elemento humano es el más eficaz y formidable: si el infierno revelara sus secretos, se vería que muchos quizás de los precitos, no se condenaran por sí solos, sino que otro sér humano fué la causa ocasional de su perdición.

Muchos padres por un exceso de sentimentalismo, y muchas madres sobre todo, en el extravío de su ternura, se ima-

ginan que la niñez y hasta la adolescencia son incapaces de pecado. San Agustín que pensó en todo y en quien las alas de la poesía no torcían la dirección del vuelo, dice: "que en los pequeñuelos, con las primeras luces de la razón comienzan las primeras sombras del pecado," La experiencia confirma, por desgracia, tan triste verdad: las almas de los niños son de una blandura esponjosa, que lo mismo que lo bueno pueden absorber lo malo, y quizás más fácilmente el mal, porque la parte calcinada por el sello á fuego del pecado original quedó tremendamente debilitada. "Concebido fué el hombre en pecado, gemía Job, y con funesta propensión al mal." Tienen que ser muy grandes el peligro y propensión del niño al mal, para que Nuestro Señor Jesucristo con el fin de preservarlos, El tan dulce y de tan tiernas palabras, se haya servido de frases que ponen tanto espanto. "Al que escandalizase á uno de estos pequeñuelos, que creen en Mí, más le valiera le atasen una piedra de molino al cuello y lo sumergiesen en lo profundo del mar." Al recordar tan terribles palabras, parece imposible que haya escuela sin Dios, maestros perversos, y



sectas y asociaciones para la perdición infantil.

Las Congregaciones son huertos cerrados de simientes escogidas, plantadas á orillas del caudaloso torrente de la gracia; regadas constantemente con aguas de vida, ninguna se pudre ni podrá corromper á las demás. No sólo están eliminados en ellas, los malos ejemplos y las malas amistades, sino que en esas nobles y bien intencionadas Congregaciones, siendo todas buenas ó mejores, las malas compañías son imposibles; y predicada con el ejemplo, la más sublime y persuasiva de las elocuencias, la edificación es constante y eficaz. Las Congregaciones son como vastos invernáculos, donde la planta humana, la de más laborioso y delicado cultivo, crece sana, sin temer á los punzantes hielos ni á los ardores del estío.

Es inmenso este beneficio de preservación, que las Congregaciones prestan á la juventud católica. Eliminadas las malas amistades cuya eficacia de infección es de una potencia verdaderamente satánica, y sustituidos los miasmas deletéreos del escándalo, con las auras vivificantes y purísimas del

buen ejemplo, fundadas esperanzas hay, de que la niñez en vez de ser la ruin simiente de generaciones contrahechas de cuerpo y de alma, sea el fecundo germen de nobles y generosas estirpes, robustas en la fe, valerosas con todos los alientos de la esperanza y heroicas con todos los ardimientos de la caridad; generaciones blancas como la inocencia de las vírgenes y rojas como la sangre de los mártires.

---

Algunas vocaciones se revelan tardíamente; pero por lo común se manifiestan en los años que enlazan la adolescencia y la juventud de la vida. A los catorce años de edad, pronunció Fenelon, improvisándolo, en uno de los estrados más distinguidos de la nobleza de Francia en aquella época, su primer sermón, revelación instintiva de su vocación eclesiástica y su futura incomparable elocuencia. San Luis Gonzaga, á los diez, hizo su primer voto de virginidad y por su frecuente oración y la austeridad de su vida, era ya casi un profeso. D. Juan



de Austria, criado por D. Luis de Quijada en la soledad y silencio de un pueblecillo de España, ocultándole su origen é inclinandolo por todos medios al estado eclesiástico, tendría diez ó doce años, cuando interrogado por orden de Carlos V. sobre cual regalo deseaba más se le hiciese, irguiéndose respondió sin vacilar, “una espada y un caballo” presagiando así en él con semejante respuesta, al soldado insigne de Lepanto y Flandes. Santa Teresa á los doce años, quería ir á buscar el martirio entre los moros de Africa.

Ha habido muchas vocaciones, no sólo manifiestas sino divinamente solemnes: los cielos se han abierto, y la voz de Dios mismo ha llamado por sus nombres á algunas almas y reveládoles lo que de ellas quería, como á San Pablo; pero en lo general, los primeros vagidos de la vocación son tenues y confusos como los de un infante recién nacido. Semejantes á esos hilos metalíferos que conducen al descubrimiento de las vetas mineras, los hilos que revelan las vocaciones, son muy delgados y con suma facilidad se pierde el rumbo que llevan; son tenues corrientes de agua que caminan á

mucha profundidad, y que apenas puede adivinarse su curso, por los pequeños manchones de humedad que transpora hasta la superficie del terreno. Y por débiles que sean, es necesario estar siempre atentos, hasta escuchar esos latidos de la vocación, pues suelen desaparecer por mucho tiempo, y una alma sin vocación conocida, es una nave sin timón en medio de la borrasca, una especie de gitana moral, sin rumbo ni hogar sobre la tierra.

Es muy difícil percibir las voces secretas de la propia vocación en medio del tumulto y estruendo de la vida moderna, de cuyos ruidos y agitaciones no está exenta ni la misma niñez. La sobria enseñanza elemental antigua, ha sido sustituida por una aglomeración de estudios disímolos sobre todos los ramos del saber humano, que relaja el cerebro de los niños; apenas saben hablar, cuando ya entran en todas las fatigas y trabas de un trato social prematuro; antes de tiempo los abruma el hastío de diversiones y placeres impropios de su edad, que divagan su mente y enjutan su tierno corazón. Muchos se marchitan y desfallecen como delicadas flores, á los mi-



mos indiscretos de sus propias familias. ¡ Pobres niños! según la cruda frase de Horacio al increpar las monstruosidades de la antigua Roma, se les obliga á soñar en el placer desde que nacen y á ensayar danzas indignas desde la cuna. ¡ Ya no hay niños! exclamaba Selgas.

Es inconmensurable la grandeza del servicio que las Congregaciones prestan á la niñez y juventud liberándolas de tantas fatigas abrumadoras, de tantas trabas importunas y de tantos ruidos ensordecedores; proporcionándoles los momentos de paz y de silencio, que tanto necesitan para poder interrogarse á sí mismos sobre su propia vocación, para poder escuchar la voz de lo alto, respondiendo como Samuel: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha." Las Congregaciones son como asilos de paz y seguridad en medio de las violencias y estruendos de una conflagración universal, celdas de silencio y de reposo, erigidas junto á las plazas públicas del fragor muudano y en las aceras de las grandes avenidas de la atronadora civilización moderna, donde la juventud puede recogerse á meditar sobre sus destinos en el tiempo y la eter-

nidad, y donde puede escuchar los ecos de las voces del Cielo repercutiendo en las conciencias humanas. Sin congregaciones, la niñez y juventud se sentirían siempre aturdidas por un vocerío ininteligible, semejante al que produjo la confusión de las lenguas, al pie de la Torre de Babel en las llanuras de Senaar.

Por grande que sea éste de liberación, mayor es el beneficio de preparación que las Congregaciones prestan en el mundo á la juventud católica. Sería un insensato el paladín que se lanzase á singular combate contra sus formidables enemigos, sin escudo y sin loriga, sin lanza y sin espada. Para pelear el buen combate á que todo cristiano nace destinado, es necesario que se apreste con tiempo, para entrar bien armado en la lucha terrible que le espera contra el infierno, el mundo y las rebeliones de su propia naturaleza decaída. Las Congregaciones son como vastos arsenales, provistos de todas armas de buen filo y de buen tem-



ple, que al servicio del valor, serán la mejor prenda y la más fundada esperanza de victoria.

Es inútil buscarlas en otra parte: para poder domar el mundo y escalar el cielo, no hay otras armas que las virtudes cristianas. Los antecedentes de familia y la posición social algo pueden ayudar á la virtud; también es un auxiliar de ella la educación científica, bajo la doble condición de que por principio tenga el temor del Señor y por fin último la mayor gloria de Dios; asimismo puede ser un freno para contener el mal, el rigor de las leyes civiles, aunque siempre débil, porque el pensamiento no cae bajo la ley, ni ésta puede llegar hasta el fondo del corazón humano, que es donde el pecado nace y se anida.

Las virtudes no brotan en el alma humana sino al influjo de la gracia divina, es decir, bajo la acción misma de un Dios de inmenso poder y de infinita misericordia; pero el cielo no deja arrancarse la gracia sino por la oración, ni la distribuye sobre la tierra por otros canales que los sacramentos, instituidos para ello por Dios, que no puede, siendo la suprema verdad, con-

tradecirse á sí mismo. Las Congregaciones, esto son esencialmente y en último término, asambleas de jóvenes que se reanen como los primitivos cristianos en las catacumbas, para orar en común, y para ayudarse mutuamente, á participar con menos indignidad y más fruto de los santos sacramentos; éstos son los medios eficacísimos é indefectibles de que las Congregaciones se valen para engendrar virtudes cristianas en las almas de los jóvenes. La experiencia de tres siglos responde de los felices resultados; entre otros varones insignes, de las Congregaciones salieron, San Francisco de Sales, ese panal de amores, formado por el rocío del cielo en una oquedad de las rocas de los majestuosos Alpes; San Luis Gonzaga, ese himno animado de la pureza; y San Juan Berchmans, esa epopeya viviente de humildad y sencillez.

Y hay un grave error, casi una calumnia tal vez inventada por la perversidad del mundo, ó quizás forjada por el mismo Satanás, para impedir que los niños ingresen á las Congregaciones. Hay padres necios que creen, y habrá padres de familia malvados que hasta dirán, que en las Congregacio-



nes se deprime la voluntad de los niños para inclinarlos al estado eclesiástico, falseando su vocación. Que algunos jóvenes por inspiración divina, eligiendo la mejor parte, prefieran consagrarse al servicio del altar y que su vida se deslice en seguridad bajo la augusta sombra de las bóvedas del santuario, es un gran bien para ellos y para los demás. ¿Qué puede hacerse en la tierra más elevado, más útil y más santo, que ser el intermediario por ordenación divina entre Dios y los hombres, el guardián por el sello imborrable del carácter sacerdotal, de la alianza eterna entre el cielo y la tierra? Natural es que de las Congregaciones salgan sacerdotes no indignos de serlo; pero los hechos desmienten, que sean exclusivamente semilleros de levitas.

De las Congregaciones han salido desde hace tres siglos y seguirán saliendo, no sólo monjes sautos y sacerdotes ejemplares; sino padres de familia, que poblarán la tierra de hombres justos y de bienaventurados el cielo. De las Congregaciones, esperamos nosotros, los grandes propietarios que no considerarán á los indios infelices y á sus infortunadas familias, como nna acce-

sión de sus ganados; ricos que no esconderán los nueve décimos de su fortuna, para sacarle sin riesgo y sin trabajo el fruto de toda ella, al décimo restante; industriales que no pagarán su salario á los obreros en hambre y tisis; banqueros y negociantes cuyas combinaciones mercantiles no sean ya las antiguas mohatras judaicas: letrados, profesores y sabios, que de la ciencia y la justicia harán un culto y no un vil tráfico; artistas que no harán del talento una bellaquería; hombres públicos sin más aspiraciones que las del patriotismo y la conciencia; y soldados cuya espada no saldrá de la vaina sin razón, ni volverá á ella nunca sin honor. Las Congregaciones no exigen vocaciones sacerdotales: de todos sus miembros esperan virtudes, porque á su santificación nacieron destinados todos los hombres, en todos los estados y en todas las edades de la vida.

---

Las virtudes que las Congregaciones la inspiran, no sólo son el más rico tesoro de



la juventud al presente, sino que serán su más poderoso talismán en lo futuro, su más seguro elemento de victoria en las luchas mortales que la esperan. Como acabada la vida ya no hay tiempo sino sólo ser, se cree que el mayor tormento de los condenados, será tener que sufrir en cada momento, la eternidad toda entera. Sería cruel y hasta impío, infligirle á la juventud un tormento semejante, condensándole en un punto todos los desengaños, todos los dolores, todas las caídas y todos los remordimientos de la escala completa de la vida; presentándole en un momento dado y como de un golpe, todas las incontables miserias del vivir humano, desde las dolorosas insuficiencias de la infancia hasta las locas ambiciones y desenfundadas codicias de la madurez, hasta los egoísmos fríos y sordidas avaricias de la vejez. Pero sí será discreto y hasta compasivo, prevenirla de los grandes abismos que encontrará en su camino desde mañana.

Cada jornada de la vida tiene sus peculiares peligros, pero quizás ninguna mayores que la juventud, cuyo camino va por la ceja estrecha de abruptas montañas, que á

sus pies tienen profundidades hondísimas y oscuras, que atraen con sus vértigos y han devorado á millares de millares de viajeros. Los precipicios más peligrosos por donde pasa la desigual y tortuosa vereda de la juventud inexperta y temeraria, son los abismos del trabajo, de las vanidades, de los miedos y de los afectos. Son mucho más temibles y causan más espanto, que la cornisa de los Alpes, y que las barrancas sin fondo de Maltrata y de Metlac.

Después del primer pecado, el trabajo se hizo para el hombre caído una necesidad ineludible. Sin pan no se vive y el pan no se amasa sin sudor. Como todo castigo de Dios en la tierra, el trabajo es una expiación, llena de justicia; pero también llena de misericordia. Es el sustento de las familias, la dignidad del hombre y el ahuyentador de las ocasiones del mal; pero al mismo tiempo es, afanes y vigiliat fatigosas, dispendio de energías físicas y morales, privaciones y humillaciones sin cuento.



Como su fin próximo son los bienes materiales, cuya expresión compendiosa y genérica es el dinero, el trabajo compendia así mismo, todos los sufrimientos que la adquisición y conservación de las riquezas engendran entre los humanos. Dos fieras disputándose la misma presa, son menos feroces, que dos hombres disputándose la misma moneda. Quizás el oro sea lo que más amen los hombres en el mundo, pues es menos rebelde á salir de las entrañas de la tierra que lo esconden en filones, que de las arcas que lo guardan acuñado. Para adquirirlo, se necesita luchar en la liza del trabajo con energía y perseverancia heroicas, y éstas al mismo tiempo deben ser tan puras y tan rectas, que no manchen el corazón con durezas y codicias, que no lastimen la caridad ni ofendan la justicia. Con el mismo afán debe trabajar el hombre que si no hubiera más que tierra y con la misma abnegación que si no hubiera más que cielo.

Tácito el sombrío historiador, tan pronto para la censura como tardo en elogiar, alaba grandemente á un romano de su tiempo, sólo porque supo ser rico y fué digno

de serio. Acumuló dice Tácito, grandes riquezas sin fraude y sin bajeza: las aumentó sin usuras ni injusticias; las conservó sin parsimonia; y las gastó sin prodigalidad y sin propio ni ajeno daño. Este arduo problema del trabajo es el primero que la juventud encontrará en su camino, y que sólo podrá resolverlo con acierto y para su temporal y espiritual provecho, con mucha paciencia para soportar sus martirios, con mucha humildad para sufrir sus humillaciones, con mucho valor para afrontar sus desdenes, y con mucha caridad, sobre todo, para no abusar de sus prosperidades ni dejarse corromper con los halagos de sus ganancias.

No es menos profundo que el del trabajo, el vertiginoso abismo de las vanidades. La juventud todo quiere saberlo y de todo quiere gozar. Como su afán de ciencia nace de la vanidad y no del amor de la sabiduría, prefiere los curiosos á los conocimientos útiles y las apariencias á la realidad. De la